



Suzanne
Simard

En busca del
**ÁRBOL
MADRE**

Descubre la sabiduría
del bosque

PAIDÓS

SUZANNE SIMARD

EN BUSCA DEL ÁRBOL MADRE

Descubre la sabiduría del bosque

Traducción de Montserrat Asensio Fernández

PAIDÓS Contextos

Título original: *Finding the Mother Tree*

Publicado originalmente en inglés por Alfred A. Knopf, una división de Penguin Random House LLC.

1.ª edición, junio de 2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Suzanne Simard, 2021

© de la traducción, Montserrat Asensio Fernández, 2021

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2021

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3831-1

Fotocomposición: Pleca Digital, S. L. U.

Depósito legal: B. 7.175-2021

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

Nota de la autora	11
Introducción: conexiones	13
1. Fantasmas en el bosque	17
2. Leñadores	43
3. Sedientos	67
4. Por las ramas	91
5. Matar la tierra	109
6. Paulares de alisos	141
7. Pelea de bar	177
8. Radiactivos	197
9. <i>Quid pro quo</i>	225
10. Pintar rocas	247
11. La niña del abedul	263
12. Nueve horas de viaje	297
13. Recogida de muestras	323
14. Cumpleaños	349
15. Pasar el testigo	377
Epílogo: el Mother Tree Project	411
Agradecimientos	415
Referencias bibliográficas	421

CAPÍTULO 1

Fantasmas en el bosque

Estaba sola en el país de los osos grises, congelándome en la nieve de junio. Tenía veinte años. Era mayor e inmadura a partes iguales, y ese verano trabajaba para una empresa maderera en las escabrosas montañas de Lillooet, en el oeste de Canadá.

El bosque era umbrío y estaba envuelto en un silencio estremecedor. Además, desde donde yo me encontraba daba la impresión de que estaba repleto de fantasmas. Uno de ellos se dirigía directamente hacia mí, flotando. Abrí la boca para gritar, pero no pude emitir sonido alguno. El corazón me obstruía la garganta y yo me esforzaba en recobrar el sentido común. Entonces, de repente, estallé en carcajadas.

El fantasma no era más que niebla espesa, que avanzaba entre los árboles y los abrazaba con dedos afilados. No había apariciones etéreas, solo la sólida madera de mi industria. Los árboles eran «solo árboles». Sin embargo, siempre he tenido la sensación de que los bosques canadienses están encantados y son la morada de espíritus, sobre todo de los de mis antepasados, los que defendieron la tierra o la conquistaron, los que vinieron a cortar, quemar y cultivar árboles.

Es como si el bosque lo recordara todo.

Incluso cuando deseáramos que olvidara nuestros agravios.

Ya era media tarde. La neblina avanzaba lentamente entre los grupos de abetos alpinos y los hacía centellear con gotitas que refractaban la luz y albergaban mundos enteros en su interior. Las ramas rebosaban de yemas recién nacidas cuyo verde esmeralda brillaba sobre un lecho de acículas de jade. Era maravilloso ver la tenacidad de las yemas que —no importaba lo crudo que hubiera sido el invierno— renacían primavera tras primavera para saludar con exuberancia a los días cada vez más largos y al tiempo más cálido. Yemas codificadas para desplegarse en hojas primordiales en sintonía con el buen tiempo de los veranos anteriores. Toqué algunas de esas acículas vellosas cuya suavidad me serenaba. Sus estomas (los diminutos orificios que absorben dióxido de carbono, para que se una a agua y produzca azúcar y oxígeno puro) bombeaban aire puro para que yo lo pudiera respirar.

Al abrigo de los troncos más antiguos, altos y esforzados crecían árboles adolescentes, hacia los que se inclinaban retoños aún más jóvenes, todos acurrucados para protegerse del frío, como hacen las familias. Las copas de los abetos ancianos y arrugados ascendían hacia el cielo y cobijaban al resto. Tal y como mi madre y mi padre y mis abuelos y abuelas me habían protegido a mí. Dios sabe que había necesitado tanta atención como un retoño: me metía en un lío tras otro. Cuando tenía doce años, decidí reptar sobre un árbol que se inclinaba sobre el río Shuswap para ver hasta dónde podría llegar. Cuando intenté volver atrás, resbalé y caí al agua. El abuelo Henry saltó a la canoa que él mismo había construido y me agarró del cuello de la camisa antes de que desapareciera en los rápidos.

En las montañas, durante nueve meses del año la nieve era más profunda que una tumba cavada en el suelo. Los árboles me llevaban muchísima ventaja: el ADN los había forjado para que pudieran prosperar a pesar de lo extremo de un clima de interior que a mí me hubiera hecho trizas. Toqué la extremidad de uno de los ancianos para agradecerle que protegiera a los jóvenes vulnerables y encajé en la hendidura de una rama una piña que había caído al suelo.

Me cubrí las orejas con el gorro, abandoné la carretera de tala y avancé como pude entre la nieve para adentrarme en el bosque. Aunque solo faltaban unas horas para que oscureciera, me detuve junto a un tronco, una de las víctimas de las sierras que habían despejado el camino. El pálido rostro redondo del extremo cortado mostraba anillos de crecimiento finos como pestañas. La madera de primavera, rubia, con sus células repletas de agua, estaba bordeada por las células más oscuras de la madera de verano formada en agosto, cuando el sol está alto y la sequía se asienta. Conté los anillos y marqué cada década con el lápiz: el árbol tenía unos doscientos años. Más del doble de los que mi familia había vivido en esos bosques. ¿Cómo habían logrado los árboles superar los ciclos de crecimiento y de letargo y cómo se podían comparar con las alegrías y las dificultades que mi familia había experimentado durante una pequeña fracción de ese tiempo? Algunos anillos eran más anchos, porque habían podido crecer mucho en años lluviosos, o quizás en años más soleados después de la caída de algún árbol vecino; otros anillos apenas eran visibles, porque habían crecido muy lentamente durante una sequía, un verano frío o cualquier otro estresor. Los árboles habían perseverado y superado cambios climáticos, una competencia sofocante, incendios devastadores, insectos y vendavales que eclipsaban por completo el colonialismo, las guerras mundiales y los aproximadamente doce primeros ministros que mi familia había conocido. Eran los antepasados de mis antepasados.

Una ardilla parlanchina corrió sobre el tronco, para que me alejara de su alijo de semillas en la base del tocón. Yo era la primera mujer que había trabajado en esa empresa maderera y formaba parte de un sector peligroso y duro que empezaba a abrir sus puertas a algunas estudiantes en prácticas como yo. El primer día de trabajo, hacía unas semanas, visité una zona de tala a matarrasa (treinta hectáreas en las que habían talado absolutamente todos los árboles) junto a mi jefe, Ted, para comprobar que los plantines se hubieran plantado según la normativa del Gobierno. Ted sabía cómo había

que plantar los árboles y cómo no, y su actitud relajada ayudaba a los trabajadores a seguir a pesar del agotamiento. Había sido paciente al ver mi sonrojo por no saber diferenciar entre un árbol plantado a raíz desnuda o con cepellón. Sin embargo, muy pronto me confió la tarea de evaluar las plantaciones consolidadas, los plantines que la empresa había plantado en sustitución de los árboles talados. Lo último que quería era meter la pata.



De camping en el lago Shuswap cerca de Sicamous (Columbia Británica), 1966. De izquierda a derecha: Kelly, tres años; Robyn, siete; mi madre, Ellen June, veintinueve, y yo, cinco. Habíamos llegado en nuestro Ford Meteor de 1962, después de haber escapado por los pelos de un desprendimiento de rocas en la carretera transcanadiense. Las rocas se precipitaron por la montaña, entraron directamente por la ventana abierta y cayeron en el regazo de mi madre.

Al otro lado de ese bosque antiguo me esperaba la plantación que tenía que evaluar hoy. La primavera anterior, la empresa había talado una amplia zona de abetos alpinos ancianos y aterciopelados y los había sustituido por plantines de acículas afiladas; mi tarea consistía en comprobar cómo crecían los árboles jóvenes. El mal



Pluvilsilva templada típica de los hogares de la infancia de mis padres en la Columbia Británica.

tiempo había bloqueado la carretera de tala y no había podido seguir por ella, aunque en realidad fue una suerte porque me permitió desviarme entre esas bellezas envueltas en niebla. Entonces, vi excrementos de oso frescos y me detuve en seco.

La niebla seguía envolviendo a los árboles y hubiera jurado que algo se deslizaba a lo lejos. Forcé la vista. Eran los mechones de color verde pálido de un líquen al que llaman barba de viejo, por cómo ondea al colgar de las ramas, y que proliferaba especialmente en los árboles ancianos. Pulsé la bocina para ahuyentar al espectro de los osos. Había heredado el miedo que les tenía de mi madre, que aún era una niña cuando su abuelo, mi bisabuelo Charles Ferguson, disparó y mató a uno que había estado a punto de atacarla en el porche de casa. El bisabuelo Charles había sido un pionero de principios del siglo xx en Edgewood, en el valle de Inonoaklin a lo largo de los lagos Arrow de la cuenca de Columbia en la Columbia Británica. Con hachas y caballos, él y su esposa, Ellen, despejaron el territorio de la nación sinixt que habían ocupado para cultivar heno y criar ganado. Charles se había enfrentado a osos solo con sus manos y había disparado a lobos que habían intentado matar a sus gallinas. Él y Ellen tuvieron tres hijos: Ivis, Gerald y mi abuela, Winnie.

Avancé sobre troncos cubiertos de musgo y de setas, inhalando la neblina que olía a árboles perennes. Uno estaba cubierto por diminutas setas de *Mycena*, que fluían a lo largo de las grietas que recorrían el tronco antes de extenderse sobre un abanico de redes de árboles que acababan en husos podridos. Hacía ya tiempo que reflexionaba acerca del papel que las raíces y los hongos desempeñan en la salud de los bosques, acerca de la armonía entre lo grande y lo pequeño, incluidos los elementos más ocultos o que pasan desapercibidos. Mi fascinación por las raíces de los árboles se remontaba a mi infancia, cuando me maravillé ante la fuerza irreprimible de los álamos y los sauces que mis padres habían plantado en nuestro patio y cuyas raíces quebraron los cimientos de nuestro sótano, incli-

naron la caseta del perro y abombaron el sendero. Mis padres debatieron, preocupados, sobre cómo resolver el problema que ellos mismos habían creado en nuestro pequeño pedacito de tierra en su intento de reproducir los árboles que habían rodeado las que fueran sus casas de la infancia. Primavera tras primavera, observaba asombrada cómo una multitud de plantas germinaba a partir de semillas diminutas entre halos de setas que se extendían alrededor de la base de los árboles. A los once años, quedé horrorizada cuando el municipio tendió una tubería que expulsaba agua espumosa al río junto a mi casa, y las aguas residuales mataron los álamos de la orilla. Primero, las partes superiores de las copas perdieron espesor y, luego, les salieron úlceras negras alrededor de los troncos. La primavera siguiente, los árboles habían muerto. No brotaron árboles nuevos entre los vertidos amarillos. Escribí al alcalde, pero no recibí respuesta alguna.

Arranqué una de las minúsculas setas. El sombrero acampanado de las *Mycena* culminaba en un vértice marrón oscuro que palidecía hasta convertirse en un amarillo translúcido en los márgenes y revelaba láminas y un pie frágil debajo. Los pies echaban raíces en los pliegues de la corteza y ayudaban al tronco a descomponerse. Eran unas setas tan delicadas que parecía imposible que pudieran descomponer un tronco entero. Pero yo sabía que podían. Los álamos que habían muerto junto a la orilla del río durante mi infancia cayeron y desarrollaron setas a lo largo de su piel delgada y agrietada. Al cabo de unos años, las fibras esponjosas de la madera descompuesta habían desaparecido por completo en la tierra. Esos hongos habían desarrollado un modo de descomponer la madera rezumando ácidos y enzimas y usando sus células para que absorbieran la energía y los nutrientes de la madera. Salté del tronco, aterricé sobre la nieve con las botas de suela de puntas y me agarré a unos retoños de abeto para que me ayudaran a ascender por la pendiente. Los abetos habían encontrado una zona donde el equilibrio entre la luz del sol y la humedad del agua del deshielo era idóneo.

Un hongo *Suillus*, arrebuñado cerca de un abeto joven de unos pocos años, llevaba un sombrero escamoso de color marrón y forma de tortita sobre un himenio poroso y amarillo y un pie carnoso que desaparecía en el suelo.



Suillus brevipes, con sus sombreros con forma de tortita.

Tras un aguacero, la seta había surgido de la densa red de hebras fúngicas que recorren las profundidades del subsuelo del bosque. Como una fresa que hubiera crecido del intrincado sistema de raíces y estolones de un arbusto. Gracias al brote de energía de las hebras enterradas, el sombrero del hongo se había abierto como un paraguas y había dejado trazas de un velo de encaje que abrazaba a media altura el tallo de motas pardas. Agarré la seta, el fruto de un hongo que en su mayor parte vive bajo tierra. La parte inferior del sombrero era como un reloj de sol de láminas radiales. Cada abertura ovalada albergaba tallos diminutos contruidos para descargar esporas como chispas de un petardo. Las esporas son las «semillas de los hongos» y están llenas de ADN que se une, se recombina y muta para producir material genético novedoso diverso y adaptado a las condiciones medioambientales. Esparcido sobre la cavidad

multicolor que había dejado la seta cuando la arranqué había un halo de esporas de color canela. Otras habrían sido arrastradas por una corriente de viento, habrían quedado atrapadas en las patas de un insecto volador o se habrían convertido en la cena de una ardilla.

Hacia abajo, en el diminuto cráter descendente que aún contenía los restos del tallo de la seta, había filamentos amarillos, hebras que tejían un intrincado velo de micelios, la red que cubre los miles de millones de partículas orgánicas y minerales que componen la tierra, el suelo. Del pie de la seta colgaban hebras rotas que habían formado parte de esta red hasta que yo lo había arrancado de su morada tan groseramente. La seta es el extremo visible de algo profundo y elaborado, como un grueso mantel de ganchillo tejido en el suelo de bosque. Las hebras que habían quedado atrás se extendían sobre los detritus (hojas caídas, ramitas, yemas), buscando donde aferrarse, enredándose a ello y absorbiendo riquezas minerales. Me pregunté si este *Suillus* podría ser un hongo xilófago, o de descomposición de la madera, como el *Mycena*, que descompone madera y detritus, o si desempeñaría alguna otra función. Me lo guardé en el bolsillo, junto al *Mycena*.

Aún no veía el terreno donde los plantines habían sustituido a los árboles talados. Sobre mí se cernían nubes oscuras y saqué del chaleco un impermeable desgastado por múltiples expediciones entre árboles y no tan impermeable como debería. Cada paso que me alejaba de la camioneta intensificaba el aura de peligro y mi presentimiento de que no estaría en la carretera cuando cayera la noche. Sin embargo, había heredado el instinto de perseverar ante la adversidad de mi abuela Winnie, que aún era una adolescente cuando su madre, Ellen, murió de gripe a principios de la década de 1930. La nieve había aislado a la familia que, además, estaba enferma en cama y con el cadáver de Ellen en la habitación cuando los vecinos por fin lograron cruzar el valle helado y cubierto de nieve hasta la altura del pecho para ver cómo se encontraba el clan Ferguson.

Resbalé y me agarré a un retoño, que se desprendió y se me quedó en la mano cuando caí por la pendiente, aplastando otros retoños hasta que topé con un tronco empapado, y yo seguía con el pulpo de raíces rugosas todavía entre los dedos. Me pareció que el joven árbol aún era un adolescente, con unas quince de las ramas laterales que marcan los años. Una nube de lluvia empezó a soltar gotas y me empapó los pantalones vaqueros. Las gotas parecían perlas sobre la piel encerada de mi ajada chaqueta.

La debilidad no tenía cabida en este trabajo y, desde que podía recordar, me había mantenido firme y fuerte en este mundo de hombres. Quería ser tan buena como Kelly, mi hermano pequeño, y como los que tenían apellidos quebequeses como Leblanc, Gagnon o Tremblay, así que aprendí a jugar a hockey sobre hielo en la calle con la pandilla del barrio cuando la temperatura llegaba a los veinte bajo cero. Hacía de portera, la posición que nadie quería. Me lanzaban golpes fortísimos a las rodillas, pero yo ocultaba las piernas llenas de moretones bajo los pantalones vaqueros. Igual que la abuela Winnie, que siguió adelante lo mejor que pudo y reanudó su trabajo cruzando al galope el valle Inonoaklin para entregar el correo y la harina a las distintas propiedades poco después de la muerte de su madre.

Me quedé mirando el montón de raíces que tenía en la mano. Aferrado a ellas había humus reluciente que me recordó a la gallinaza, el excremento de las gallinas. El humus es la materia orgánica descompuesta negra y grasienta que hay en el suelo de los bosques, la capa que hay entre los detritus frescos de las hojas y las plantas que acaban de morir en la superficie y la materia mineral procedente de la meteorización del lecho de rocas que hay más abajo. Es el lugar de enterramiento de las plantas, los bichos y los ratones de campo que mueren. Es el compost de la naturaleza. A los árboles les encanta echar raíces en el humus, no encima ni debajo del mismo, porque es allí donde pueden acceder a la mayor riqueza de nutrientes.

Sin embargo, las puntas de esas raíces eran de un amarillo brillante, como luces de un árbol de Navidad, y terminaban en una telaraña del mismo color. Los hilos de ese micelio eran de un color muy parecido al de los que salían hacia el suelo desde los pies de las setas de *Suillus* y saqué del bolsillo la que había arrancado. Sostuve el montón de pilorrizas con la cascada de telaraña en una mano y el *Suillus* con el micelio roto en la otra. Los estudié de cerca, pero fui incapaz de encontrar diferencias.

Quizás *Suillus* era un amigo de las raíces, no un descomponedor de cosas muertas como *Mycena*. Mi instinto siempre me hacía escuchar lo que me decían los seres vivos. Acostumbramos a pensar que las pistas más grandes son las más importantes, pero al mundo le encanta recordarnos que también pueden ser maravillosamente pequeñas. Empecé a escarbar en el suelo del bosque. El micelio amarillo cubría hasta las partículas más minúsculas de terreno. Bajo las palmas de mis manos corrían cientos de miles de filamentos. Fuera cual fuera su estilo de vida, esos filamentos fúngicos ramificados, que se llaman hifas, y las setas que producían no eran más que una pizca del vasto micelio que se ocultaba en el subsuelo.

En un bolsillo con cremallera del chaleco llevaba una botella de agua y limpié con ella la tierra de las pilorrizas. Jamás había visto un ramo de hongos tan multicolor y, ciertamente, no con un amarillo, un blanco y un rosa tan brillantes, cada uno de los colores envuelto alrededor de una pilorrizas distinta y rodeado a su vez de una especie de tela de araña. Las raíces han de llegar muy lejos y a lugares extraños en busca de nutrientes. Sin embargo, ¿por qué había tantas hebras que no solo brotaban del extremo de las raíces, sino que, además, presentaban una paleta de colores semejante? ¿Representaba cada color una especie de hongo distinta? ¿Cada una llevaba a cabo una tarea diferente en el terreno?

Me encantaba ese trabajo y la emoción de ascender por el majestuoso calvero era mucho más intensa que el miedo a los osos o a los fantasmas. Enterré las raíces del retoño que había arrancado y la red



Winnifred Beatrice Ferguson (la abuela Winnie) en la granja Ferguson en Edgewood (Columbia Británica) en 1934, cuando tenía veinticuatro años y poco después del fallecimiento de su madre. Winn siguió criando gallinas, ordeñando vacas y levantando heno. Cabalgaba a la velocidad del viento, y una vez disparó a un oso para alejarlo del manzano. Casi nunca hablaba de su madre, pero durante mi último paseo con ella junto al lago en Nakusp, cuando tenía ochenta y seis años, me dijo entre sollozos: «Echo de menos a mi madre».

de hongos multicolores que las adornaba cerca de un árbol guardián. Los retoños me habían enseñado las texturas y los colores del inframundo del bosque: amarillos, blancos y rosas empolvados que me recordaban a las rosas silvestres entre las que crecí. La tierra en la que habían echado raíces era como un libro, una página de colores seguida de otra que al desplegarse narraba la historia de cómo se nutría todo.

Cuando por fin llegué a la tala a matarrasa, entrecerré los ojos para protegerme de la luz que se filtraba entre la lluvia. Sentí que el corazón me daba un vuelco, aunque en realidad ya sabía lo que me iba a encontrar. Habían talado todos los árboles, de los que solo quedaban los tocones, huesos blanquecinos de madera que surgían del suelo. Desprendidos por el viento y la lluvia, los últimos vestigios de corteza estaban esparcidos por el suelo. Anduve entre las extremidades mutiladas, sintiendo el dolor de su maltrato. Levanté

una rama para destapar un árbol joven, de la misma manera que retiraba la basura de las flores que intentaban crecer entre los montones de escombros en el barrio donde crecí. Sabía lo importantes que eran esos gestos. Algunos abetos aterciopelados se habían quedado huérfanos junto a los muñones que eran ahora sus padres e intentaban recuperarse de la pérdida. La recuperación se adivinaba complicada, dada la lentitud con que estaban creciendo los brotes desde la tala. Toqué la diminuta yema terminal del retoño que tenía más cerca.

Unos cuantos rododendros de flores blancas y plantas de arándanos también habían conseguido evitar la sierra. Yo formaba parte de esa tala, del negocio de derribar árboles para despejar los espacios donde eran libres y silvestres, donde estaban enteros. Mis colegas estaban trazando los planes para las siguientes talas, que mantendrían los aserraderos en marcha y les permitirían alimentar a sus familias. Entendía esa necesidad, pero las sierras no se detendrían hasta que valles enteros hubieran desaparecido.

Me dirigí hacia los plantines, que trazaban una línea irregular entre los rododendros y los arándanos. El equipo que se había encargado de replantar árboles para sustituir a los abetos ancianos talados había insertado plantines de píceas puntiagudas, que ahora me llegaban al tobillo. Aunque pueda parecer raro no plantar abetos para sustituir a los abetos talados, la madera de picea es más valiosa. Es de grano muy prieto, no se pudre y es muy cotizada como madera de alta calidad. La madera de los abetos maduros es débil y de combustión muy lenta.

El Gobierno también promovía que se replantara siguiendo filas ordenadas, como en los jardines, para garantizar que no quedara tierra sin cubrir y porque los árboles plantados con un espaciado regular producen más madera que si están dispersos. Al menos esa era la teoría. Creían que podrían cultivar más madera si ocupaban todo el espacio que si dejaban que la naturaleza siguiera su curso. Como ocupaban todos los rincones, justificaban talas más amplias

anticipando un aumento de la productividad. Además, las filas ordenadas facilitaban el recuento. Es el mismo proceso de pensamiento que seguía mi abuela Winnie, que también plantaba su huerto en hileras ordenadas, pero ella trabajaba la tierra y variaba los cultivos a lo largo de los años.

El primer plantín de píceas que revisé estaba vivo, pero a duras penas, y ya tenía acículas amarillentas. El tallo era delgado y patético. ¿Cómo iba a sobrevivir en ese terreno brutal? Me fijé en toda la hilera. Todos los plantines nuevos lo estaban pasando mal. Todos y cada uno de ellos tenían un aspecto lamentable. ¿Por qué tenían tan «mal» aspecto? ¿Y por qué, en cambio, los abetos silvestres que habían germinado en el terreno de los abetos ancianos tenían tan «buena» planta? Saqué mi cuaderno de campo, aparté las acículas de abeto de mi impermeable y me limpié las gafas. Se suponía que lo que habíamos replantado debía sanar lo que nos habíamos llevado, pero estábamos fracasando a todas luces. ¿Qué instrucciones debía escribir? Hubiera querido escribir que debíamos volver a empezar desde el principio, pero la empresa no estaría de acuerdo con el gasto que eso supondría. Me rendí ante el miedo al rechazo y anoté: «Satisfactorio, pero hay que sustituir los plantines que han muerto».

Recogí un trozo de corteza que hacía sombra a uno de los plantines y lo lancé entre los arbustos. Improvisé un sobre con papel de esbozo y recogí las acículas amarillas del plantín. Tenía la suerte de contar con mi propio escritorio en un rincón apartado de las mesas llenas de mapas y de los despachos ruidosos donde los hombres cerraban tratos y negociaban precios y costes de tala; donde decidían qué zonas de bosque talar a continuación; donde asignaban contratos como banderolas en una carrera de caballos. En mi diminuto espacio, podría reflexionar tranquila y en paz acerca de los problemas de aquella plantación. Quizás podría encontrar los síntomas del plantín en los libros de referencia, ya que las hojas se pueden poner amarillas como consecuencia de una miríada de problemas.

Intenté encontrar plantines sanos, pero fue en vano. ¿Por qué enfermaban? Si no contábamos con un diagnóstico correcto, lo más probable era que los plantines con los que los sustituyéramos sufrieran también.

Me enfadé conmigo misma por intentar pasar de puntillas sobre el problema, por tomar el camino más fácil para la empresa. La plantación era un desastre. Ted querría saber que quizás no cumpliríamos los requisitos del Gobierno en esa zona, porque supondría una pérdida económica. Y aunque él estaba muy enfocado a satisfacer la normativa básica de regulación a un coste mínimo, lo cierto es que no sabía qué sugerirle. Arranqué otro plantín, por si la respuesta estuviera en las raíces y no en las acículas. Las habían enterrado bien prietas en la tierra granulosa, que seguía húmeda a finales de verano. La técnica era perfecta. Habían retirado la primera capa del suelo del bosque y habían cavado el hoyo de plantación en la tierra húmeda y rica en minerales que había debajo. Tal y como aconsejaban las instrucciones. Al pie de la letra. Volví a colocar las raíces en el hoyo y revisé otro plantín. Y otro. Todos se habían plantado a la perfección en hoyos cavados a pala y que luego se habían vuelto a rellenar para eliminar las bolsas de aire, pero las raíces parecían embalsamadas, como si las hubieran metido en una tumba. Daba la impresión de que ni una sola de las raíces obtenía lo que necesitaba. Ninguna presentaba brotes nuevos, de color blanco, con los que extraer alimento del suelo. Las raíces eran rugosas, negras y se hundían directamente hacia ningún lugar. Las acículas de los retoños se habían vuelto amarillas porque les faltaba «algo». Había una desconexión absoluta entre las raíces y el suelo.

Un abeto alpino sano había brotado de una semilla cerca de allí por casualidad y lo arranqué para comparar las raíces. A diferencia de las píceas plantadas, que había podido arrancar del suelo como si fueran zanahorias, las raíces del abeto se habían extendido y estaban ancladas con tal fuerza que tuve que plantar con solidez los pies a sendos lados del tallo y tirar de él con todas mis fuerzas. Al final,

conseguí que las raíces se soltaran del suelo y, como recompensa, salí propulsada hacia atrás. Las raíces más profundas se habían negado a desprenderse del suelo, sin duda en señal de protesta. Sin embargo, retiré con suavidad el humus y la tierra suelta de las raíces que había conseguido sacar, saqué la botella de agua y enjuagué con ella los restos de tierra que quedaban. Algunas pilorrizas acababan en puntas tan finas como las de una aguja.

Me sorprendió encontrar envueltas alrededor de las pilorrizas las mismas hebras fúngicas de color amarillo que había visto en las profundidades del bosque. Eran del mismo color que el micelio, la red de hifas que crecía de los tallos de *Suillus*. Cavé un poco alrededor del abeto y descubrí las hebras amarillas entretejidas en una alfombrilla orgánica que cubría el suelo y que formaba una red de micelios que se alejaba cada vez más.

¿Qué eran exactamente esas hebras de hongos que se ramificaban y qué hacían? Quizás eran hifas beneficiosas que recorrían el suelo y recogían nutrientes que luego entregaban a los plantines a cambio de energía. O quizás eran patógenas e infectaban a las raíces y se alimentaban de ellas, de modo que los plantines vulnerables se volvían amarillos y morían. Quizás, los *Suillus* brotaban desde la trama subterránea para diseminar esporas cuando las condiciones eran las apropiadas.

O, quizás, esas hebras amarillas no tenían nada que ver con los hongos *Suillus* y pertenecían a una especie distinta. Hay más de un millón de especies de hongos en el planeta, unas seis veces más que de plantas, y solo se ha identificado un 10 % de ellas. Con el poco conocimiento que tenía sobre el tema, las probabilidades de que identificara correctamente esas hebras amarillas eran igualmente escasas. Si las hebras y las setas no me ofrecían ninguna pista, quizás hubiera otros motivos por los que los plantines de píceas no prosperaban en aquel terreno.

Borré la nota sobre lo «satisfactorio» de la plantación y anoté que era un fracaso. Aunque pudiera parecer que la solución más

barata para la empresa era volver a replantarla en su totalidad, con plantines del mismo tipo y siguiendo los mismos métodos (plantar en hoyos cavados con pala plantines de un año criados en masa en viveros), no lo sería si luego teníamos que regresar una y otra vez porque los resultados seguían siendo desastrosos. Teníamos que hacer algo distinto si queríamos recuperar el bosque, pero ¿qué?

¿Plantar abetos? Los viveros no los vendían para plantar y, además, tampoco se consideraban un cultivo rentable. Otra opción era plantar píceas con raíces más grandes, pero si no desarrollaban pilorizas nuevas, también morirían. Quizás podríamos plantarlas de modo que las raíces entraran en contacto con el encaje de hebras amarillas que recorría el suelo y, quizás también, el encaje amarillo mantendría sanos a los plantines. Sin embargo, los hongos vivían en el humus y la normativa exigía que las raíces se plantaran en el suelo mineral granular, no en el humus, porque se entendía que los granos de arena, limo y arcilla conservarían más agua al final del verano y, por lo tanto, aumentarían las probabilidades de supervivencia de los árboles. Se creía que el agua era el recurso clave que el suelo debía aportar a las raíces para que los plantines sobrevivieran. Y parecía muy poco probable que las políticas cambiaran y nos permitieran plantar las raíces de modo que llegaran a las hebras fúngicas.

Ojalá hubiera tenido alguien con quien hablar allí, en el bosque, para compartir mi sensación creciente de que los hongos podrían ser un ayudante de confianza para los plantines. ¿Tenían los hongos amarillos un ingrediente secreto que se me escapaba? ¿Que se nos escapaba a todos?

Si no hallaba la respuesta, haber convertido esta tala a matarrasa en un campo de exterminio, en un cementerio de huesos de árbol, me atormentaría para siempre. Un campo de rododendros y de arándanos en lugar de un bosque nuevo, un problema creciente, una plantación muerta detrás de otra. No podía permitir que sucediera. Había visto cómo los bosques volvían a crecer de forma natu-

ral después de que mi familia los hubiera talado cerca de casa, así que sabía que los bosques se podían recuperar de una cosecha. Quizás era porque mis abuelos solo cortaban unos cuantos árboles cada vez y habían abierto claros donde las semillas de los alisos, las tsugas y los abetos que había cerca podían crecer con facilidad, espacios donde las plantas nuevas podían conectar rápidamente con el suelo. Forcé la vista para intentar divisar el borde del bosque, pero estaba demasiado lejos. Las talas a matarrasa despejaban claros enormes y, quizás, el tamaño era parte del problema. De contar con raíces sanas, los árboles se podrían regenerar en todo ese terreno, estaba segura. Sin embargo, de momento mi trabajo consistía en supervisar plantaciones sin apenas probabilidades de convertirse en los espacios catedralicios que antes habían ocupado ese espacio.

Y entonces oí el gruñido. A unos pasos de mí, comiendo en un bancal azul, morado y negro de bayas, había una osa. El pelo de puntas plateadas en la nuca anunciaba que era una osa gris. Un osezo rubio oscuro, tan pequeño como Winnie-the-Pooh pero con enormes orejas peludas, estaba pegado a ella, como si mamá osa fuera un bote de cola. El osezo, de ojos negros y suaves y hocico brillante, me miró como si quisiera correr a mis brazos y sonreí. Aunque solo un instante. Mamá osa rugió y me miró fijamente a los ojos: ella estaba tan sobresaltada como yo. Se alzó sobre las patas traseras y yo me quedé petrificada.

Estaba sola en lo más profundo del bosque con una osa gris enfurecida. Soplé la bocina para osos, «aaaaaauuuu», pero solo conseguí que me mirara aún más fijamente. ¿Debía erguirme o hacerme pequeña como una bola? Una era la respuesta adecuada ante los osos negros y la otra para los grises. ¿Por qué no había prestado más atención?

La madre se volvió a poner a cuatro patas, meneó la cabeza y rozó con la barbilla los arbustos de arándanos. Empujó con el morro al osezo, se dieron media vuelta y se alejaron. Retrocedí muy lentamente mientras desaparecían entre los arbustos. La osa arañó

la corteza de un tronco e hizo subir a la cría a lo alto de un árbol. Su instinto era proteger a su hijo.

Arranqué a correr colina abajo, hacia el bosque antiguo, saltando sobre retoños y riachuelos, evitando los esqueletos de tocones de los árboles decapitados y aplastando brotes de eléboro y de laurel de San Antonio. Las plantas se difuminaron y se convirtieron en una pared verde y solo podía oír los resoplidos de mis pulmones, que aspiraban oxígeno mientras yo saltaba sobre un tronco podrido detrás de otro, hasta que vi la camioneta de la empresa junto a un árbol al lado del camino, como si hubiera descendido rodando hasta una parada improvisada.

Los asientos de vinilo estaban desgarrados y el cambio de marchas, inestable. Puse en marcha la furgoneta, metí la primera y pisé el acelerador. Las ruedas giraron, pero la camioneta no se movió. Puse marcha atrás, pero las ruedas se hundieron todavía más. Estaba atrapada en el barro.

Encendí la radio. «Suzanne a Woodlands, cambio.»

Silencio.

La oscuridad me envolvió y envié un último ruego a través de las ondas. Un oso no tendría la menor dificultad en romper una ventanilla con un golpe de pata. Aunque intenté mantenerme despierta durante horas para ser testigo de mi propia muerte, de vez en cuando daba cabezadas. Entre una y otra, pensé en la habilidad de mi madre para organizar salidas. Imaginé que me envolvía en mantas, como cuando íbamos a cruzar las montañas Monashee para visitar a mis abuelos, y me ponía un cubo en el regazo mientras me recogía el cabello detrás de las orejas, porque acostumbraba a marearme en el coche. «Robyn, Suzie, Kelly, dormid un poco», susurraba, mientras partíamos y entrábamos y salíamos de los barrancos que salpicaban el desfiladero. «Enseguida llegaremos a casa de la abuela Winnie y del abuelo Bert.» Los veranos le ofrecían un descanso tanto de dar clases en la escuela como del matrimonio. A mis hermanos y a mí nos encantaban esos días, que pasábamos recorriendo

el bosque y alejados de las discusiones silenciosas de nuestros padres. Discusiones por el dinero, por quién era responsable de qué o por nosotros. Kelly, sobre todo, era muy feliz durante esas escapadas y seguía al abuelo Bert cuando iba a buscar arándanos o a pescar en el muelle del Gobierno o conducía hasta el vertedero donde los osos buscaban comida. Escuchaba, con los ojos muy abiertos, las historias sobre cómo cortejaba a la abuela cuando iba a comprar nata al rancho Ferguson, cómo ayudaba a Charlie Ferguson cuando las vacas parían a principios de primavera o cómo cargaba las vagonetas de despieces con vísceras de cerdo y de ternera durante las matanzas de otoño.

Me desperté, sobresaltada, en la oscuridad, con dolor de cervicales, sin saber muy bien dónde estaba y con el parabrisas empañado con la condensación de mi respiración. Limpié el cristal con la manga de la chaqueta y miré por la ventana, en busca de ojos salvajes entre la oscuridad. Miré el reloj: las cuatro de la madrugada. Los osos grises están más activos al atardecer y al amanecer, así que volví a comprobar los seguros de las puertas. Las hojas de los árboles susurraban como espectros cerniéndose sobre mí. Me volví a dormir hasta que unos golpes fortísimos en la ventana me despertaron y me hicieron gritar del susto. Alguien me gritaba desde el otro lado del parabrisas empañado y, al ver que la empresa había enviado a Al, sentí cómo me invadía el alivio. Rascal, su perro, empezó a ladrar, a saltar y a rascar la puerta. Bajé la ventanilla para que vieran que seguía viva.

«¿Estás bien?» Al hablaba con una voz tan alta como su prodigiosa estatura. Aún intentaba averiguar cuál era la mejor manera de hablar con una leñadora y hacía lo posible para que me sintiera como una más de los hombres. «Ha tenido que estar tan oscuro como la boca del lobo.»

«Sí, todo bien», mentí.

Nos las apañamos más o menos bien para fingir como si hubiera sido una noche de trabajo más y abrí un poco la puerta para que

Rascal entrara y pudiera acariciarlo. Me encantaba cuando Al y Rascal me llevaban a casa desde el trabajo. Rascal sacaba la cabeza por la ventanilla y ladraba a los perros que nos perseguían, que siempre gemían y salían corriendo en dirección contraria, lo que le divertía muchísimo. A mí también me resultaba muy divertido, lo que lo animaba a ladrar aún más fuerte.

Bajé de la camioneta para estirar brazos y piernas y Al me pasó un termo de café antes de intentar sacar la camioneta del barro. Pulsó el estárter y el motor, frío como un bloque de hielo, emitió un gemido. El rocío brillaba sobre el capó oxidado y sobre las flores rosas de los laureles de San Antonio que bordeaban el camino. Me pregunté si tendríamos que abandonar el vehículo. Sin embargo, la



De izquierda a derecha: yo, cinco años; mi madre, veintinueve años; Kelly, tres años; Robyn, siete años y mi padre, treinta años, en casa de los abuelos Winnie y Bert en Nakusp, en 1965. Pasábamos todas las vacaciones o con mis abuelos maternos en Nakusp o con los paternos en el lago Mabel.

camioneta arrancó al tercer intento. Al pisó el acelerador a fondo y las ruedas giraron y giraron sin avanzar ni un milímetro.

Al me preguntó si había bloqueado los bujes. Los bujes eran unos discos en el centro de las ruedas delanteras, a sendos extremos del eje. Si se giraban noventa grados, fijaban las ruedas al eje de modo que el motor las hacía girar junto a las traseras. Con las cuatro ruedas girando a la vez, la camioneta podía cruzar lo que se le pusiera por delante. Por el contrario, si los bujes delanteros estaban desbloqueados, la camioneta tenía tanta tracción como un gato sobre linóleo. Me quise morir cuando bajó de la camioneta, hizo girar los bujes y el vehículo salió sin más del barrizal.

«¡*Aaay!*», dije mientras me golpeaba la cabeza con la mano.

«No te preocupes, son cosas que pasan. A mí me ha pasado», me dijo mientras miraba al suelo, para ahorrarme la humillación.

Asentí. Sentí que me invadía una enorme gratitud mientras le seguía y salíamos del valle.

De vuelta en el aserradero, entré con la ropa y el cabello desordenados y cabizbaja, porque esperaba que todos se rieran de mí, aunque estaba decidida a aguantar el chaparrón. Los hombres alzaron la mirada, pero tuvieron la amabilidad de reanudar las conversaciones inmediatamente, para seguir disfrutando de las anécdotas vividas mientras construían carreteras, cortaban bloques de madera y talaban bosques. Me preguntaba qué pensarían de mí, tan distinta a las mujeres del pueblo y de las chicas que aparecían en los calendarios colgados junto a las mesas de dibujo, pero lo cierto es que en su mayoría iban a lo suyo y dejaban que yo fuera a lo mío.

Poco después fui a ver a Ted y me apoyé en la jamba de la puerta de su despacho hasta que alzó la mirada. Tenía el escritorio cubierto de instrucciones de plantado y de pedidos de plantines. Tenía cuatro hijas, todas menores de diez años. Se recostó en la butaca basculante y dijo con una sonrisa: «Vaya, mira quién ha venido hoy». Sabía que eso significaba que se alegraba de que hubiera vuelto sana y salva. Habían estado preocupados. Y, lo que aún era más

importante, teníamos un cartel que proclamaba: «216 días sin accidentes». Si yo hubiera puesto fin a la buena racha, no me habrían dejado que me olvidara de ello. Cuando me sugirió que me fuera a casa a descansar, le dije que aún me quedaba algo de trabajo que hacer.

Me pasé el día escribiendo informes sobre los árboles replantados. Luego envié el sobre de acículas amarillas al laboratorio del estado para que analizaran los niveles de nutrientes y revisé los volúmenes de referencia de la oficina en busca de información sobre hongos. Había muchos recursos acerca de la tala de árboles, pero los libros sobre biología escaseaban. Llamé a la biblioteca municipal y me alegré cuando me dijeron que tenían una guía de referencia sobre hongos en sus estanterías. A las cinco, Ted y los chicos se prepararon para salir e ir a ver el partido de fútbol americano en el Pub Reynolds antes de volver a casa y reunirse con sus familias.

«¿Vienes?», preguntó. Aunque lo cierto era que lo último que quería era salir por ahí con un grupo de hombres y sus risotadas, agradecí el gesto. Él también pareció aliviado cuando le dije que se lo agradecía, pero que tenía que ir a la biblioteca antes de que cerraran.

Saqué en préstamo el libro sobre hongos y entregué el informe sobre los plantines replantados, pero decidí no comentar nada acerca de mis observaciones hasta haberme preparado bien. Con frecuencia, temía que me hubieran admitido en un club de hombres solo como demostración de que los tiempos estaban cambiando y que si me presentaba hablando sin ton ni son de setas o de que el encaje de hebras fúngicas rosas o amarillas que cubría las raíces afectaba al crecimiento de los plantines, me dirían que se acababa lo que se daba.

Kevin, otro alumno de verano a quien habían contratado para que ayudara a los ingenieros a abrir carreteras en valles hasta entonces vírgenes, apareció en mi escritorio justo cuando recogía el chaleco de trabajo. Nos habíamos hecho amigos en la universidad y

ambos estábamos agradecidos de poder trabajar en el bosque. «¿Te apetece ir al Mugs'n'Jugs?», sugirió. Estaba en la otra punta del pueblo de Reynolds y podríamos evitar a los otros.

«Me encantaría.» Salir con otros estudiantes de silvicultura era fácil. Vivía con cuatro de ellos en las barracas de la empresa, donde tenía mi propio cuartucho con un colchón en el suelo. A ninguno se nos daba especialmente bien cocinar, así que lo habitual era que cenáramos fuera. El bar también era un buen desahogo, porque aún me estaba recuperando de la ruptura con mi primer gran amor. Él quería que dejara de estudiar y tuviera hijos, pero yo quería ser «alguien», tenía la vista puesta en algo más grande.

En el pub, Kevin pidió una jarra de cerveza y hamburguesas mientras yo buscaba en la gramola esa canción donde los Eagles instan a tomarse las cosas con calma. Vi que el brazo escogía la canción número cuarenta y cinco. Cuando llegó la cerveza, me sirvió un vaso.

«La semana que viene me envían a Gold Bridge. Me preocupa que usen la infestación de escarabajos como excusa para talar los bosques de pino contorto costero», me dijo.

«Sí, no me extrañaría.» Miré alrededor para asegurarme de que nadie nos escuchaba. Otros alumnos se reían en una mesa cercana, mientras bebían cerveza y se levantaban para jugar a los dardos. El pub era como una cabaña de leñadores y olía a pino ligeramente podrido. El pueblo pertenecía a la maderera. Espeté: «Ayer pensé que me iba a morir allí».

«Tuviste suerte de que no hiciera más frío y también de que la camioneta se quedara atascada. De haber conducido por la noche por esas carreteras te habría ido mucho peor. Intentamos decirte que no te movieras, pero parece que la radio no iba bien», dijo Kevin mientras se limpiaba con la manga de la camisa el bigote de espuma.

«La verdad es que lo pasé bastante mal, pero al menos vi la parte más amable de Al.»

«Todos estábamos preocupados, aunque estábamos seguros de que te las apañarías para mantenerte a salvo.»

Sonreí. Me estaba consolando, quería que me sintiera valorada, parte del equipo. La gramola empezó a entonar *New Kid in Town*, con un tono algo lastimero. Al final, la firme garra del barro del bosque me había protegido y mantenido a salvo de fantasmas, osos y pesadillas.

Nací en la espesura. Vengo de la espesura.

No sé si los árboles llevan mi sangre o si la que lleva árboles en la sangre soy yo, pero lo que sí sabía entonces era que tenía que averiguar por qué los plantines se estaban convirtiendo en cadáveres.